

ga cargaron tan violentamente sobre el enemigo que huyeron en confusion, reconociendo al centro de la poblacion: metiéronse dentro de las casas en grupos sin gefe que los dirigiera. Sabido este incidente por un español que pareció ser el alcablero del lugar, tomó uno de los cañones que habia en la plaza cargados á metralla: reúnese con varios de sus paisanos y algunos soldados: preséntalo en una boca-calle donde le pareció que venia mayor número de americanos: le da fuego; pero al ver estos el fogonazo se arrastran al suelo y burlan el tiro que pasa sobre sus cabezas; mas en el momento se lanzan sobre los artilleros españoles, los cocen á puñaladas, y al alcablero le mutilan las partes vergonzosas que presentan en triunfo. Esta bárbara operacion causó tal terror en el resto de la poblacion y enemigos, que en un momento quedaron desiertas las calles: agrupados en las casas solian tirar algunos fusilazos al aire, pero esto se les tornaba en daño, pues al momento eran atacados en ellas trozándoseles las puertas, y quedaban muertos ó prisioneros. En este estado de hostilidad permaneció el pueblo hasta las cinco de la tarde en que el coronel Villa Escusa mandó dos oficiales á Hermosillo para que tratasen de capitulacion. No se les admitió otra sino la de entregarse á *discrecion*, entregando de consiguiente todo el parque y armas de toda especie. Verificóse asi, y á los vencidos se les trató con la mayor dulzura; la mayor parte de ellos se ofreció á servir en el ejército americano. Al coronel Villa Escusa concedió Hermosillo pasaporte para restituirse al seno de su familia con diez soldados de los vencidos para que le sirviesen de consuelo y custodiasen; conducta noble y generosa usada porque le movieron á compasion las muchas lágrimas que derramó Villa Escusa á su presencia como pudiera un niño

cuando vino á presentársele; contentóse solamente con exigirle juramento de no volver á tomar las armas contra la nacion mexicana. Al tiempo de retirarse arrastró consigo á mas de sesenta de los suyos, y caminando por la villa de S. Sebastian, llegó al pueblo de S. Ignacio *Piaxtla*, distante veinte y cinco leguas del Rosario. A su tránsito sedujo á cuantos pudo á favor del partido realista, y aprovechándose de las ventajas militares que le proporcionó aquel local se hizo fuerte en él. Desde aquel punto dió aviso de todo lo ocurrido al intendente D. Alejo Garcia Conde que residia en Arizpe, y marchaba con un repuesto muy considerable de indios ópatas, armados de fusil y lanza, y lo exhortó á que viniese á auxiliarlo pues temia por momentos que los americanos fuesen á atacarlo.

Luego que Hermosillo supo en el Rosario la infidelidad de Villa Escusa, reunió su division el 25 de diciembre y partió para el pueblo de *Cacalotan*, distante tres leguas del Rosario: pasóse revista de la gente y se encontraron 4125 infantes, 476 caballos y 900 fusiles, algunas escopetas y carabinas, 200 pares de pistólas y mucho número de lanzas, arma que maneja con mucha destreza aquella caballeria. Condujéronse tambien los 6 cañones quitados á Villa Escusa, y se advirtió que de los soldados vencidos se había fugado la mayor parte para reunirse á los de *Piaxtla*. Poco temor dió esto á Hermosillo confiado en el valor y entusiasmo de su gente: aumentó su confianza el que se le había reunido voluntariamente la division que guarnecía el puerto de Mazatlán de los mulatos.

El dia 27 de diciembre entró el ejército en la villa de S. Sebastian entre vivas y aplausos, en lo que influyó mucho el vicario eclesiástico foráneo que gozaba mucho ascendiente sobre aquel pueblo

y era respetado por sus virtudes: socorrió además á la tropa con dinero y con cuanto pudo.

El día 29 se situó el ejército sobre la cima de un cerrillo que dominaba por el rumbo del sur al pueblo de S. Ignacio á tiro de cañon. Divide el pueblo del cerro un rio de bastante caudal de agua que en tiempo de lluvias es intransitable.

El día 31 algunos soldados de á caballo de Matatlán con un sargento llamado Hernandez, bajaron del cerrillo á las señas que les hacian otros dos enemigos situados en la banda opuesta: Hernandez conoció á dos de ellos que habian sido sus camaradas en el Rosario: el murmurio del agua impedía que se oyeran las voces; pero con el movimiento de las manos lo llamaron á que viniera á contestar con ambos. Entendido por el sargento y animado por su mucho valor, aprieta las espuelas al caballo, se arroja al rio pasándolo casi á nado, contesta con sus camaradas, y quedan de acuerdo en que al otro dia en el mismo sitio vendria mucha mas gente de los enemigos que seducirian para reunirseles y pasarse á los americanos. Hernandez contentísimo con esta noticia dió la vuelta despues de haber dado un estrecho abrazo á los que suponía fuesen sus amigos; mas apenas habria andado poco trecho del rio cuando uno de aquellos pérfidos le dispara un fusil, y lo atraviesa por la espalda: calló Hernandez á la agua y el caballo sin ginete pasó al lado opuesto. Hubo despues algun tiroteo de orilla á orilla, mas todo inútil, pues apenas llegaban las balas; bien que aun cuando alcanzaran seria sin efecto porque los realitas se habian repechado con los matorrales y peñascos. Continuó el día 1.º de enero (de 1811) el tiroteo, y aunque el de cañon llegaba, lo eludian con sus atrincheramientos puestos en las casas

El 2 salió el P. Parra con cinco escopeteros á buscar por el rumbo del oriente un vado que proporcionase el tránsito de la artilleria para atacar el pueblo; encontrólo á propósito á la media legua por un soldado llamado *Diego Somalia*, hombre valeroso de los que le acompañaban; echáronse á la agua dicho Parra y el soldado, quedándose á lo orilla los restantes acercándose para hacer un reconocimiento del terreno; mas á poco fueron sorprendidos por una partida de guerrilla que los hizo prisioneros. *Somalia* murió en el acto; mas Parra fué conducido prisionero hasta el pueblo, y puesto en seguridad con centinela de vista. No tuvo pocos trabajos en romper y ocultar sus despachos de Hidalgo, y una carta que este le mandó entregase al Sr. obispo *Rouset* de Sonora. Despues fué llevado con una barra de grillos á Durango y entregado para ser sentenciado al inexorable asesor *Pinilla Perez*; habiendo logrado por el capellan del Sr. Garcia Conde que no lo juzgase el asesor de Sonora Lic. Tres Guerras (andaluz:) logró al fin fugarse por un medio que no es del caso referir. (1)

Entre doce y una de la noche del 4 al 5 de enero, entró Garcia Conde en S. Ignacio, habiendo salido á encontrarlo una partida de Villa Escusa: ignoráronlo los americanos, y vivian en el concepto de que era muy poca la tropa que estaba parapetada en el pueblo.

El día 6 mandó el intendente Garcia Conde que se reuniese de las poblaciones inmediatas el mayor número posible de gente armada para embos-

(1) La Junta de premios de esta capital de México en virtud de estos servicios que probó el P. Parra con buenos documentos, consultó al gobierno que se le confiriese una canongia, presentándose para ella cuando el Patronato estuviese declarado y celebrado el Concordato con la Santa Sede apostólica.

carla por la espalda de los americanos y darles una sorpresa. Persuadiéronse estos equivocadamente que les seria facil cosa atacar á Villa Escusa como la primera vez y con igual éxito, por lo que el dia 8 salió la division de Hermosillo á las ocho da la mañana batiendo marcha por el rumbo del oriente á vista del enemigo. La infanteria marchó á vanguardia, en el centro la artilleria, y á retaguardia la caballeria. Pasaron todos el vado que descubrió el P. Parra. Entonces toda la tropa enemiga sin órdenes de sus oficiales arrastrándose de barriga por el suelo entre los arbustos y breñales, se colocó á los lados del camino por donde debia pasar la division en número como de cuatrocientos hombres, y teniéndole en medio comenzaron á hacer un fuego voráz graneado y certero, que en menos de diez minutos acabó con mas de trescientos americanos. En vano se fatigaba Hermosillo por defenderse porque no veia objeto de direccion. Procuró retirarse por el mismo camino que habia traído, y con este golpe quedó perdida una conquista tan facil como gloriosamente conseguida. De este importante acontecimiento apenas se dió una ligera noticia en la Gaceta del gobierno español, como puede verse en la número 27 (extraordinaria de 24 de febrero de 1811.)

Hará muy poco honor en todos tiempos al coronel Villa Escusa la pérfida conducta que observó con el comandante Hermosillo, asi como á este la imprecacion que tuvo de no remitirlo luego como debió á Guadalajara. Si en aquel punto ó en otro lugar ventajoso hubiera situado un fuerte regular con competente guarnicion, remitiendo el copioso armamento que habia tomado para que el ejército de Guadalajara hubiera resistido á la fuerza de Calleja que le amenazaba, tal vez la batalla de

Calderon habria decidido la suerte de la America mexicana. Son muy dignos de lástima los hombres candorosos, porque son el juguete de los perversos. En esto tuvo no poca parte la inexperiencia de la guerra, en cuyo arte eran niños los americanos.

LIBRO SEGUNDO

FIN DEL LIBRO PRIMERO.